

los estólidos letreros que veía por todas partes.

No se permite tender ropa, y ni clabar clavos, decía en una pared, y D. José exclamó: «¡Vaya una barbaridad!... ¡Ignorantes!... ¡emplear dos conjunciones copulativas! Pero pedazos de animales, ¿no veis que la primera, naturalmente, junta las voces ó cláusulas en concepto afirmativo y la segunda en concepto negativo?... ¡Y que no tenga que comer un hombre que podría enseñar la Gramática á todo Madrid y corregir estos delitos del lenguaje!... ¿Por qué no me había de dar el Gobierno, vamos á ver, por qué no me había de dar el encargo, mediante proporcionales emolumentos, de vigilar los rótulos?... ¡Zoquetes, qué multas os pondría!... Pues también tú estás bueno: *Se alquilan quartos...* muy bien, señor mío. ¿Le gustan á usted tantos las *ues* que se las come con arroz? ¡Ah! si el Gobierno me nombrara *ortógrafo de la vía pública*, ya veríais... Vamos, otro que tal: *se proive...* Se prohíbe rebuznar, digo yo.»

Hallábase en lo más entretenido de aquella crítica literaria, tan propia de su oficio, cuando vió que hacia él iban tres individuos de calzón ajustado, botas de caña, chaqueta corta, gorra, el pelo echadito *palante*, caras de poca vergüenza. Eran los tales tipos muy madrileños, y pertenecían al gremio de los *randas*. El uno era *descuidero*, el otro *tomador*, y el tercero hacia á pelo y á pluma. Ido les conocía, porque vivían

en su patio, siempre que no eran inquilinos de los del Saladero, y no gustaba de tratarse con semejante gentuza. De buena gana les habría dado una puntera en salva la parte; pero no se atrevía. Una cosa es reformar la ortografía pública, y otra aplicar ciertos correctivos á la especie humana. «Allá van los buenos días», le dijeron los chulos alegremente, y á Ido se le puso la carne como la de las gallinas, porque se acordó del duro y temió que se lo *garfiñaran* si entraba en parola con ellos. Pasando de largo, les dijo con mucha cortesía: «Dios les guarde, caballeros... Conservarse»; y apretó á correr. No le volvió el alma al cuerpo hasta que les hubo perdido de vista.

«Es preciso que me convide algo», pensaba el pendolista; y hacia la crítica mental de los manjares que más le gustaban. Cerca de la puerta de Toledo se encontró con un mielero alcarreño que paraba en su misma casa. Estaban hablando, cuando pasó un pintor de panderetas, también vecino, y ambos le convidaron á unas copas. «Váyanse al rábano, ordinarios...» pensó Ido, y les dió las gracias, separándose al punto de ellos. Andando más vió un ventorro en la acera derecha de la Ronda... «¡Comer de fonda!» Esta idea se le clavó en el cerebro. Un rato estuvo Ido del Sagrario ante el establecimiento de *El Tartera*, que así se llamaba, mirando los dos tiestos de *bónibus* llenos de polvo, las insignias

de los bolos y la rayuela, la mano negra con el dedo tieso señalando la puerta, y no se decidía á obedecer la indicación de aquel dedo. ¡Le sentaba tan mal la carne...! Desde que la comía le entraba aquel mal tan extraño, y daba en la gracia estúpida de creer que Nicanora era la Venus de Médicis. Acordóse, no obstante, de que el médico le recetaba siempre comer carne, y cuanto más cruda mejor. De lo más hondo de su naturaleza salía un bramido, que le pedía ¡carne, carne, carne! Era una voz, un prurito irresistible, una imperiosa necesidad orgánica, como la que sienten los borrachos cuando están privados del fuego y de la picazón del alcohol.

Por fin no pudo resistir; colóse dentro del ventorrillo, y tomando asiento junto á una de aquellas despintadas mesas, empezó á palmoear para que viniera el mozo, que era el mismo *Tartera*, un hombre gordísimo, con chaleco de Bayona y mandil de lanilla verde rayado de negro. No lejos de donde estaba Ido había un rescaldo dentro de enorme braserón, y encima una parrilla casi tan grande como la reja de una ventana. Allí se asaban las chuletas de ternera, que con la chamusquina en tan viva lumbre, despedían un olor apetitoso. «Chuletas», dijo D. José, y á punto vió entrar á un amigo, el cual le había visto á él y por eso sin duda entraba.

—Hola, amigo Izquierdo... Dios le guarde.

—Le vi pasar, maestro, y dije, digo: Á cuenta que voy á echar un espotriqué con mi tocayo...

Sentóse sin ceremonia el tal, y poniendo los codos sobre la mesa, miró fijamente á su tocayo. O las miradas no expresan nada, ó la de aquel sujeto era un memorial pidiendo que se le convidara. Ido era tan caballero que le faltó tiempo para hacer la invitación, añadiendo una frase muy prudente: «Pero, tocayo, sepa que no tengo más que un duro... Conque no se corra mucho...» Hizo el otro un gesto tranquilizador, y cuando el *Tartera* puso el servicio, si servicio puede llamarse un par de cuchillos con mango de cuerno, servilleta sucia y salero, y pidió órdenes acerca del vino, le dijo, dice: «¿Pardillo yo?... pa chasco... Tráete de la tierra.»

A todo esto asintió Ido del Sagrario, y siguió contemplando á su amigo, el cual parecía un grande hombre aburrido, carácter agriado por la continuidad de las luchas humanas. José Izquierdo representaba cincuenta años, y era de arrogante estatura. Pocas veces se ve una cabeza tan hermosa como la suya y una mirada tan noble y varonil. Parecía más bien italiano que español, y no es maravilla que haya sido en época posterior al 73, en plena Restauración, el modelo predilecto de nuestros pintores más afamados.

—Me alegro de verle á usted, tocayo—le dijo

Ido, á punto que las chuletas eran puestas sobre la mesa;—porque tenía que comunicarle cosas de importancia. Es que ayer estuvo en casa doña Jacinta, la esposa del Sr. D. Juanito Santa Cruz, y preguntó por el chico y le vió... quiero decir no le vió porque estaba todito dado de negro. . y luego dijo que dónde estaba usted, y como usted no estaba, quedó en volver...

Izquierdo debía de tener hambre atrasada, porque al ver las chuletas les echó una mirada guerrera que quería decir: «¡Santiago y á ellas!» Y sin responder nada á lo que el otro hablaba, les embistió con furia. Ido empezó á engullir, comiéndose grandes pedazos sin mascarlos. Durante un rato ambos guardaron silencio. Izquierdo lo rompió dando fuerte golpe en la mesa con el mango del cuchillo, y diciendo:

—¡Re-hostia con la República!... ¡Vaya una porquería!

Ido asintió con una cabezada.

—¡Republicanos de chanfaina... pillos, buleros, piores que serviles, moderaos, piores que moderaos!—prosiguió Izquierdo con fiera exaltación. —No colocarme á mí, á mí, que soy el endividado que más bregó por la República en esta judía tierra... Es la que se dice: cría cuervos... ¡Ah! Señor de Martos, señor de Figueras, señor de Pi... á cuenta que ahora no conocen á este probete de Izquierdo, porque lo ven mal trajeado... pero antes, cuando Izquierdo tenía por sí las afloen-

cias de la Inclusa, y cuando Bicerra le venía á ver pal cuento de echarnos á la calle, entonces... ¡Hostia! Hemos venido á menos. Pero si por un es caso golviésemos á más, yo les juro á esos figurones que tendremos una *yeción*.

V

Ido seguía corroborando, aunque no había entendido aquello de la *yeción*, ni lo entendiera nadie. Con tal palabra Izquierdo expresaba una colisión sangrienta, una marimorena ó cosa así. Bebía vaso tras vaso sin que su cabeza se afectase, por ser muy resistente.

—Porque mirosté, maestro, lo que les atufa es el aquel de haber estado mi endividado en Cartagena... Y yo digo que á mucha honra, ¡re-hostia! Allí estábamos los verídicos liberales. Y á cuenta que yo, tocáyo, toda mi vida no he hecho más que derramar mi sangre por la judía libertad. El 54, ¿qué hice? batirme en las barricadas como una presona decente. Que se lo pregunten al difunto D. Pascual Muñoz el de la tienda de jierros, padre del marqués de Casa-Muñoz, que era el hombre de más afloencias en estos arrabales, y me dijo mismamente aquel día: «Amigo *Platón*, vengan esos cinco.» Y aluego jui con el propio D. Pascual á Palacio, y D. Pascual subió á pleticar con la Reina, y pronto bajó con aquel

papé firmado por la Reina en que les daba la gran patá á los moderaos. D. Pascual me dijo que pusiera un pañuelo branco en la punta de un palo y que malchara delante diciendo: «cese er fuego, cese er fuego»... El 56, era yo tiniente de melicianos, y O'Donnell me cogió miedo, y cuando pleticó á la tropa dijo: «si no hay quien me coja á Izquierdo, no hamos hecho ná». El 66, cuando la de los artilleros, mi compare Socorro y yo estuvimos pegando tiros en la esquina de la calle de Laganitos... El 68, cuando la santísima, estuve haciendo la guardia en el Banco, pa que no robaran, y le digo asté que si por un es caso llega á paicerse por allí algún randa, lo suicido... Pues tocan luego á la recompensa, y á Pucheta me le hacen guarda de la Casa de Campo, á Mochila del Pardo... y á mí una patá. Á cuenta que yo no pido más que un triste destino pa portear el correo á cualquiera parte, y ná... Voy á ver á Bicerra, ¿y piensasté que me conoce? ¡pa chasco!... Le digo que soy Izquierdo, por mote *Platón*, y menea la cabeza. Es la que se dice: no se acuerdan del judío escalón dimpués que están parriba... Dimpués me casé y juimos viviendo tal cual. Pero cuando vino la judía República, se me había muerto mi Dime-*tria*, y yo no tenía qué comer; me juí á ver al señor de Pi, y le dije, digo: «Señor de Pi, aquí vengo sobre una colocación»... ¡Pa chasco! A cuenta que el hombre me debía de tener tirría,

porque se remontó y dijo que él no tenía colocaciones. ¡Y un judío portero me puso en la calle! ¡Re-contra-hostia! ¡si viviera Calvo Asensio! Aquel sí era un endivido que sabía las comenencias y el tratamiento de las presonas veridicas. ¡Vaya un amigo que me perdí! Toda la Inclusa era nuestra, y en tiempo leitoral, ni Dios nos tosía, ni Dios, ¡hostia!... ¡Aquel sí, aquel sí!... Á cuenta que me cogia del brazo y nos entrá-bamos en un café, ó en la taberna, á tomar una angelita... porque era muy llano y más liberal que la Virgen Santísima. ¿Pero estos de ahora?... es la que se dice: ni liberales, ni republicanos, ni ná. Miosté á ese Pi... un mequetrefe. ¿Y Castellar? otro mequetrefe. ¿Y Salmerón? otro mequetrefe. ¿Roque Barcia? mismamente. Luego, si es caso, vendrán á pedir que les ayudemos, ¿pero yo...? No me pienso menear; basta de *yeciones*. Si se junde la República, que se junda; y si se junde el judío pueblo, que se junda también.

Apuró de nuevo el vaso, y el otro José admiraba igualmente su facundia y su receptividad de bebedor. Izquierdo soltó luego una risa sarcástica, prosiguiendo así:

—Dicen que les van á traer á Alifonso... ¡Pa chasco! Por mí que lo traigan. A cuenta que es como si verídicamente trajeran al Terso. Es la que se dice: pa mí lo mismo es blanco que negro. Oigame lo bueno: El año pasao, estando en Alcoy, los carcas me jonjaban. Me corré á

la partida de Callosa de Ensarriá y tiré montón de tiros á la Guardia cevil. ¡Qué *yeción!* Salta por aquí, salta por allá. Pero pronto me llamé andana, porque me habían hecho contrata de medio duro diario, y los rumbes solutamente no paician. Yo dije: «José mío, güélvete liberal, que lo de carca no te terciá.» Una nochecita me escurri, y del tirón me juí á Barcelona, donde la carpanta fué tan grande, maestro, que por poco doy las boqueás. ¡Ay! tocayo, si no es porque se me terció encontrarme allí con mi sobrina Fortunata, no la cuento. Socorrióme... es buena chica, y con los cuartos que me dió, trinqué el judío tren, y á Madriz...

—Entonces—dijo Ido, fatigado de aquel relato incoherente y de aquel vocabulario grotesco—recogió usted á ese precioso niño...

Buscaba Ido la novela dentro de aquella gárrula página contemporánea; pero Izquierdo, como hombre de más seso, despreciaba la novela para volver á la grave historia.

—Allego y me aboco con los comiteles, y les canto claro: «Pero señores: ¿nos acantonamos ó no nos acantonamos?... porque si no, va á haber aquí una *yeción.*» ¡Se reían de mí!... ¡pillós! ¡Como que estaban vendíos al moderaísmo!... ¡Sabusté, tocayo, con qué me motejaban aquellos mequetrefes? Pues ná; con que yo no sé leer ni escribir. No es todo lo verídico, ¡hostial!, porque leer ya sé, aunque no todo lo seguío que se debe.

Como escribir, no escribo, porque se me corre la tinta por el dedo... ¡Bah! es la que se dice: los escribidores, los periodiqueros y los publicantones son los que han perdío con sus tiologías á esta judía tierra, maestro.

Ido tardó mucho en apoyar esto, por ser quien era; pero Izquierdo le apretó el brazo con tanta fuerza, que al fin no tuvo más remedio que asentir con una cabezada, haciendo la reserva mental de que sólo por la violencia daba su autorizado voto á tal barbaridad.

—Entonces, tocayo de mi arma, viendo que me querían meter en el estaribel y enredarme con los guras, tomé el olivo y nos juimos á Cartagena. ¡Ay, qué vida aquella! ¡Re-hostia! A mi me querían hacer ministro de la Gubernación; pero dije nones. No me gustan suponeres. A cuenta que salimos con las freatas por aquellos mares de mi arma. Y entonces, que quieras que no, me ensalzaron á tiniente de navío, y estaba mismamente á las órdenes del general Contre-ras, que me trataba de tú. ¡Ay qué hombre y qué buen avío el suyo! Parecía veridicamente el gran turco con su gorro colorao. Aquello era una gloria. ¡Alicante, Águilas! Pelotazo va, pelotazo viene. Si por un es caso nos dejan, toca-yo, nos comemos el santísimo mundo y lo acantonamos toito... ¡Orán! ¡Ay, qué mala sombra tiene Orán y aquel judío *vu* de los franceses, que no hay cristiano que lo pase!... Me najo de allí,

güelvo á mi Española, entro en Madriz mu callaito, tan fresco... ¿á mí qué?... y me presento á estos tiólogos, mequetrefes, y les digo: «Aquí me tenéis, aquí tenéis á la presonalidá del endivido veridico que se pasó la santísima vida peleando como un gato tripa arriba por las judías libertades... Matarme, hostia, matarme; á cuenta que no me queréis colocar...» ¿Usté me hizo caso? Pues ellos tampoco. Espotrica que te espotricarás en las Cortes, y el santísimo pueblo que reviente. Y yo digo que es menester acantonar á Madriz, pegarle fuego á las Cortes, al Palacio Real y á los judíos Ministerios, al Monte de Piedad, al cuartel de la Guardia cevil y al Dipósito de las Aguas, y luego hacer un racimo de horca con Castelar, Pi, Figueras, Martos, Bice-rra y los demás, por moderaos, por moderaos...

VI

Dijo el *por moderaos* hasta seis veces, subiendo gradualmente de tono, y la última repetición debió de oirse en el puente de Toledo. El otro José estaba muy aturdido con la bárbara charla del grande hombre, el más desgraciado de los héroes y el más desconocido de los mártires. Su máscara de misantropía y aquella displicencia de genio perseguido eran natural consecuencia de haber llegado al medio siglo sin encontrar

su asiento, pues treinta años de tentativas y de fracasos son para abatir el ánimo más entero. Izquierdo había sido chalán, tratante en trigos, revolucionario, jefe de partidas, industrial, fabricante de velas, punto figurado en una casa de juego y dueño de una *chirlata*; había sido casado dos veces con mujeres ricas, y en ninguno de estos diferentes estados y ocasiones obtuvo los favores de la voluble suerte. De una manera y otra, casado y soltero, trabajando por su cuenta y por la ajena, siempre mal, siempre mal, ¡hostia!

La vida inquieta, las súbitas apariciones y desapariciones que hacía, y el haber estado en *gurapas* algunas temporadillas rodearon de misterio su vida, dándole una reputación deplorable. Se contaban de él horrores. Decían que había matado á Demetria, su segunda mujer, y cometido otros nefandos crímenes, violencias y atropellos. Todo era falso. Hay que declarar que parte de su mala reputación la debía á sus fanfarronadas y á toda aquella humareda revolucionaria que tenía en la cabeza. La mayor parte de sus empresas políticas eran soñadas, y sólo las creían ya poquísimos oyentes, entre los cuales Ido del Sagrario era el de mayores tragaderas. Para completar su retrato, sépase que no había estado en Cartagena. De tanto pensar en el dichoso cantón llegó sin duda á figurarse que había estado en él, hablando por los codos

de aquellas tremendas *yeciones* y dando detalles que engañaban á muchos bobos. Lo de la partida de Callosa sí parece cierto.

También se puede asegurar, sin temor de que ningún dato histórico pruebe lo contrario, que *Platón* no era valiente, y que, á pesar de tanta baladronada, su reputación de braveza empezaba á decaer como todas las glorias de fundamento inseguro. En los tiempos á que me refiero, el descrédito era tal, que la propia vanidad *platónica* estaba ya por los suelos. Principiaba á creerse una nulidad, y allá en sus soliloquios desesperados, cuando le salía mal alguna de las bajezas con que se procuraba dinero, se escarnecía sinceramente, diciéndose: «soy pior que una caballería; soy más tonto que un cerrojo; no sirvo solutamente para nada». El considerar que había llegado á los cincuenta años sin saber *plumear* y leyendo sólo á trangullones, le hacía formar de su *endivido* la idea más desventajosa. No ocultaba su dolor por esto, y aquel día se lo expresó á su tocayo con sentida ingenuidad:

—Es una gaita esto de no saber escribir... ¡Hostial si yo supiera... Créalo: ese es el porqué de la tirria que me tiene Pi.

Don José no le contestó. Estaba doblado por la cintura, porque el digerir las dos enormes chuletas que se había atizado, no se presentaba como un problema de fácil solución. Izquierdo

no reparó que á su amigo le temblaba horriblemente el párpado, y que las carúnculas del cuello y los berrugones de la cara, inyectados y turgentes, parecían próximos á reventar. Tampoco se fijó en la inquietud de D. José, que se movía en el asiento como si éste tuviese espinas; y volviendo á lamentarse de su destino, se dejó decir: «Porque no hacen solutamente estimación de los verídicos hombres del mérito. Tanto mequetrefe colocao, y á nosotros, tocayo, á estos dos hombres de calidá nadie les ensalza. Á cuenta que ellos se lo pierden; porque usted, ¡hostial! sería un lince para la Destrucción pública, y yo... yo.»

La vanidad de *Platón* cayó de golpe cuando más se remontaba, y no encontrando aplicación adecuada á su personalidad, se estrelló en la conciencia de su estolidez. «Yo... para tirar de un carromato», pensó. Después dejó caer la varonil y gallarda cabeza sobre el pecho, y estuvo meditando un rato sobre *el porqué* de su perra suerte. Ido permaneció completamente insensible á la lisonja que le soltara su amigo, y tenía la imaginación sumergida en sombrío lago de tristezas, dudas, temores y desconfianzas. A Izquierdo le roía el pesimismo. La carga de la bebida en su estómago no tuvo poca parte en aquel desaliento horrible, durante el cual vió desfilar ante su mente los treinta años de fracasos que formaban su historia activa... Lo

más singular fué que en su tristeza sentía una dulce voz silbándole en el oído: «Tú sirves para algo... no te amontones...» Mas no se convenía, no. «Al que me dijera—pensaba—cuál es la judía cosa pa que sirve este piazo de hombre, le querría, si es caso, más que á mi padre.» Aquel desventurado era como otros muchos seres que se pasan la mayor parte de la vida fuera de su sitio, rodando, rodando, sin llegar á fijarse en la casilla que su destino les ha marcado. Algunos se mueren y no llegan nunca; Izquierdo debía llegar, á los cincuenta y un años, al puesto que la Providencia le asignara en el mundo, y que bien podríamos llamar glorioso. Un año después de lo que ahora se narra, estaba ya aquel planeta errante, puedo dar fe de ello, en su sitio cósmico. *Platón* descubrió al fin la ley de su sino, aquello para que exclusiva y *solutamente* servía. Y tuvo sosiego y pan, fué útil y desempeñó un gran papel, y hasta se hizo célebre y se lo disputaban y le traían en palmitas. No hay ser humano, por despreciable que parezca, que no pueda ser eminencia en algo, y aquel buscón sin suerte, después de medio siglo de equivocaciones, ha venido á ser, por su hermosísimo talante, el gran *modelo* de la pintura histórica contemporánea. Hay que ver la nobleza y arrogancia de su figura cuando me le encasquetan una armadura fina, ó ropillas y balandranes de raso,

y me le ponen *haciendo* el duque de Gandía, al sentir la corazonada de hacerse santo, ó el marqués de Bedmar ante el Consejo de Venecia, ó Juan de Lanuza en el patíbulo, ó el gran Alba poniéndoles las peras á cuarto á los flamencos. Lo más peregrino es que aquella caballería, toda ignorancia y rudeza, tenía un notable instinto de la postura, sentía hondamente la facha del personaje, y sabía traducirla con el gesto y la expresión de su admirable rostro.

Pero en aquella sazón todo esto era futuro, y sólo se presentaba á la mente embrutecida de *Platón* como presentimiento indeciso de glorias y bienandanza. El héroe dió un suspiro, á que contestó el poeta con otro suspiro más tempestuoso. Mirando cara á cara á su amigo, Ido tosió dos ó tres veces, y con una vocecilla que sonaba metálicamente, le dijo, poniéndole la mano en el hombro:

—Usted es desgraciado porque no le hacen justicia; pero yo lo soy más, tocayo, porque no hay mayor desdicha que el deshonor.

—¡República puerca, república cochina!—rebuznó *Platón*, dando en la mesa un porrazo tan recio, que todo el ventorro tembló.

—Porque todo se puede conllevar—dijo Ido bajando la voz lúgubrementemente,—menos la infidelidad conyugal. Terrible cosa es hablar de esto, querido tocayo, y que esta deshonrada boca pregone mi propia ignominia...; pero hay mo-

mentos, francamente, naturalmente, en que no puede uno callar. El silencio es delito, sí, señor... ¿Por qué ha de echar sobre mí la sociedad esta befa, no siendo yo culpable? ¿No soy modelo de esposos y padres de familia? ¿Pues cuándo he sido yo adúltero? ¿Cuándo?... Que me lo digan.

De repente, y saltando cual si fuera de goma, el hombre eléctrico se levantó... Sentía una ansiedad que le ahogaba, un furor que le ponía los pelos de punta. En este excepcional desconcierto no se olvidó de pagar, y dando su duro al *Tartera* recogió la vuelta.

—Noble amigo—dijole á Izquierdo al oído,—no me acompañe usted... Estimo en lo que valen sus ofrecimientos de ayuda. Pero debo ir solo, enteramente solo, sí, señor; les cogeré *infraganti*... ¡Silencio!... ¡chis!... La ley me autoriza á hacer un escarmiento... pero horrible, tremendo... ¡Silencio digo!

Y salió de estampía, como una saeta. Viéndole correr, se reían Izquierdo y el *Tartera*. El infeliz Ido iba derecho á su camino sin reparar en ningún tropiezo. Por poco tumba á un ciego, y le volcó á una mujer la cesta de los cacahuetes y piñones. Atravesó la Ronda, el Mundo Nuevo, y entró por la calle de Mira el Río baja, cuya cuesta se echó á pechos sin tomar aliento. Iba desatinado, gesticulando, los ojos fulminantes, el labio inferior muy echado para fuera.

Sin reparar en nadie ni en nada, entró en la casa, subió las escaleras, y pasando de un corredor á otro llegó pronto á su puerta. Estaba cerrada sin llave. Púsose en acecho, el oído en el agujero de la llave, y empujando de improviso la abrió con estrépito y echó un vocerrón muy tremendo: ¡Adúuultera!

—¡Cristo! ya le tenemos otra vez con el dichoso *dengue*...—chilló Nicanora, reponiéndose al instante de aquel gran susto.—Pobrecito mío, hoy viene perdido...

Don José entró á pasos largos y marcados, con desplantes de cómico de la legua; los ojos saltándosele del casco; y repetía con un tono cavernoso la terrorífica palabra: ¡Adúuultera!

—Hombre de Dios—dijo la infeliz mujer, dejando á un lado el trabajo, que aquel día no era pintura, sino costura,—tú has comido, ¿verdad?... Buena la hemos hecho...

Le miraba con más lástima que enojo, y con cierta tranquilidad relativa, como se miran los males ya muy añejos y conocidos.

—Fuertecillo es el ataque... Corazón, ¡cómo estás hoy! Algún indino te ha convidado... Si le cojo... Mira, José, debes acostarte...

—Por Dios, papá—dijo Rosita, que había entrado detrás de su padre,—no nos asustes... Quítate de la cabeza esas andróminas.

Apartóla él lejos de sí con enérgico ademán, y siguió dando aquellos pasos tragicómicos sin

orden ni concierto. Parecía registrar la casa; se asomaba á las fétidas alcobas, daba vueltas sobre un tacón, palpaba las paredes, miraba debajo de las sillas, revolviendo los ojos con fiereza y haciendo unos aspavientos que harían reír grandemente si la compasión no lo impidiera. La vecindad, que se divertía mucho con el *den-gue* del buen Ido, empezó á congregarse en el corredor. Nicanora salió á la puerta:

—Hoy está atroz... Si yo cogiera al lipendi que le convidó á magras...

—¡Venga usted acá, dama infiel!—le dijo el frenético esposo, cogiéndola por un brazo.

Hay que advertir que ni en lo más fuerte del acceso era brutal. O porque tuviera muy poca fuerza, ó porque su natural blando no fuese nunca vencido de la fiebre de aquella increíble desazón, ello es que sus manos apenas causaban ofensa. Nicanora le sujetó por ambos brazos, y él, sacudiéndose y pateando, descargaba su ira con estas palabras roncadas:

—No me lo negarás ahora... Le he visto, le he visto yo.

—¿A quién has visto, corazón?... ¡Ah! sí; al duque. Sí, aquí le tengo... No me acordaba... ¡Pícaro duque, que te quiere quitar esta recon-denada prenda tuya!

Desprendido de las manos de su mujer, que como tenazas le sujetaban, Ido volvió á sus mímicas, y Nicanora, sabiendo que no había más

medio de aplacarle que dar rienda suelta á su insana manía para que el ataque pasara más pronto, le puso en la mano un palillo de tambor que allí habían dejado los chicos, y empujándole por la espalda... «Ya puedes escabecharnos—le dijo;—anda, anda; estamos allí, en el camarín, tan agasajaditos... Fuerte, hijo; dale firme, y sácanos el mondongo...»

Dando trompicones entró Ido en una de las alcobas, y apoyando la rodilla en el camastro que allí había empezado á dar golpes con el palillo, pronunciando torpemente estas palabras: «¡Adúlteros, expiad vuestro crimen!» Los que desde el corredor le oían, reíanse á todo trapo, y Nicanora arengaba al público diciendo: «Pronto se le pasará; cuanto más fuerte, menos le dura.»

«Así, así... muertos los dos... charco de sangre... yo vengado, mi honra la... la... vadita», murmuraba él dando golpes cada vez más flojos, y al fin se desplomó sobre el jergón boca abajo. Las piernas colgaban fuera, la cara se oprimía contra la almohada, y en tal postura rumiaba expresiones obscuras, que se apagaban resolviéndose en ronquidos. Nicanora le volvió cara arriba para que respirase bien; le puso las piernas dentro de la cama, manejándole como á un muerto, y le quitó de la mano el palo. Arreglóle las almohadas y le aflojó de ropa. Había entrado en el segundo período, que era el

comático, y aunque seguía delirando, no movía ni un dedo, y apretaba fuertemente los párpados, temeroso de la luz. Dormía la mona de carne.

Cuando la *Venus de Médicis* salió del cubil, vió que entre las personas que miraban por la ventana estaba Jacinta, acompañada de su doncella.

VII

Había presenciado parte de la escena, y estaba aterrada. «Ya le pasó lo peor—dijo Nicanora saliendo á recibirla.—Ataque muy fuerte... Pero no hace daño. ¡Pobre ángel! Se pone de esta conformidad cuando come.»

—¡Cosa más rara!—expresó Jacinta entrando.

—Cuando come carne... Sí, señora. Dice el médico que tiene el cerebro como pasmado, porque durante mucho tiempo estuvo escribiendo cosas de mujerés malas, sin comer nada más que las condenadas judías... La miseria, señora; esta vida de perros. ¡Y si supiera usted qué buen hombre es!... Cuando está tranquilo no hace cosa mala ni dice una mentira... Incapaz de matar una pulga. Se estará dos años sin probar el pan, con tal que sus hijos lo coman. Ya ve la señora si soy desgraciada. Dos años hace que José empezó con estas incumbencias. Se pasaba las noches en vela, sacando de su cabeza unas

fábulas... todo tocante á damas infieles, guape-tonas, que se iban de picos pardos con unos duques muy adúlteros... y los maridos trinando... ¡Qué cosas inventaba! Y por la mañana las ponía en limpio, en papel de marquilla, con una letra que daba gusto verla. Luego le dió el tifus, y se puso tan malo que estuvo *suministrado*, y creíamos que se iba. Sanó y le quedaron estas calenturas de la sesera, este *dengue* que le da siempre que toma substancia. Tiene temporadas, señora; á veces el ataque es muy ligero, y otras se pone tan encalabrinado, que sólo de pasar por delante del Matadero le baila el párpado y empieza á decir disparates. Bien dicen, señora, que la carne es uno de los enemigos del alma... Cuidado con lo que saca... ¡Que yo me adultero, y que se la pego con un duque!... Miren que yo, con esta facha...

No interesaba á Jacinta aquel triste relato tanto como creía Nicanora, y viendo que ésta no ponía punto, tuvo la dama que ponerlo.

—Perdone usted—dijo dulcificando su acento todo lo posible,—pero dispongo de poco tiempo. Quisiera hablar con ese señor que llaman *Don...* José Izquierdo.

—Para servir á vucencia—dijo una voz en la puerta, y al mirar, encaró Jacinta con la arrogantisima figura de *Platón*, quien no le pareció tan fiero como se lo habían pintado.

Dijole la Delfina que deseaba hablarle, y él

la invitó, con toda la cortesía de que era capaz, á pasar á su habitación. Ama y criada se pusieron en marcha hacia el 17, que era la vivienda de Izquierdo.

—¿En dónde está el *Pituso*?—preguntó Jacinta á mitad del camino.

Izquierdo miró al patio donde jugaban varios chicos, y no viéndole por ninguna parte, soltó un gruñido. Cerca del 17, en uno de los ángulos del corredor, había un grupo de cinco ó seis personas entre grandes y chicos, en el centro del cual estaba un niño como de diez años, ciego, sentado en una banqueta y tocando la guitarra. Su brazo era muy pequeño para alcanzar al extremo del mango. Tocaba al revés, pisando las cuerdas con la derecha y rasgueando con la izquierda, puesta la guitarra sobre las rodillas, boca y cuerdas hacia arriba. La mano pequeña y bonita del ceguezuelo hería con gracia las cuerdas, sacando de ellas arpegios dulcísimos y esos punteados graves que tan bien expresan el sentir hondo y rudo de la plebe. La cabeza del músico oscilaba como la de esos muñecos que tienen por pescuezo una espiral de acero, y revolvía de un lado para otro los globos muertos de sus ojos cuajados, sin descansar un punto. Después de mucho y mucho puntear y rasguear, rompió con chillona voz el canto:

A Pepa la gitani... t... t...

Aquel *iiii* no se acababa nunca; daba vueltas para arriba y para abajo como una rúbrica trazada con el sonido. Ya les faltaba el aliento á los oyentes, cuando el ciego se determinó á posarse en el final de la frase:

lla—cuando la parió su madre...

Expectación, mientras el músico echaba de lo hondo del pecho unos ayes y gruñidos como de un perrillo al que le están pellizcando el rabo. ¡Ay, ay, ay!... Por fin concluyó:

*sólo para las narices
le dieron siete calambres.*

Risas, algazara, pataleos... Junto al niño cantor había otro ciego, viejo y curtido, la cara como un corcho, montera de pelo encasquetada y el cuerpo envuelto en capa parda con más remiendos que tela. Su risilla de suficiencia le denunciaba como autor de la celebrada estrofa. Era también maestro, padre quizás, del ciego chico, y le estaba enseñando el oficio. Jacinta echó un vistazo á todo aquel conjunto, y entre las respetables personas que formaban el corro, distinguió una cuya presencia la hizo estremecer. Era el *Pituso*, que asomando por entre el ciego grande y el chico, atendía con toda su alma á la música, puesta una mano en la cintura y la otra en la boca. «Ahí está» dijo al Sr. Izquierdo, que al punto le sacó del grupo para llevarle consigo. Lo más particular fué que si cuando la

fisonomía del *Pituso* estaba embadurnada creyó Jacinta advertir en ella un gran parecido con Juanito Santa Cruz, al mirarla en su natural ser, aunque no efectivamente limpia, el parecido se había desvanecido.

«No se parece», pensaba entre alegre y desalentada, cuando Izquierdo le señaló la puerta para que entrase.

Cuentan Jacinta y su criada que al verse dentro de la reducida, inmunda y desamparada celda, y al observar que el llamado *Platón* cerraba la puerta, les entró un miedo tan grande, que á entrambas se les ocurrió salir á la ventanilla á pedir socorro. Miró la señora de soslayo á la criada, por ver si ésta mostraba entereza de ánimo; pero Rafaela estaba más muerta que viva. «Este bandido—pensó Jacinta—nos va á retorcer el pescuezo sin dejarnos chistar.» Algo se tranquilizaba oyendo muy cerca el guitarreo y el rum rum de la multitud que rodeaba á los dos ciegos. Izquierdo les ofreció las dos sillas que en la estancia había, y él se sentó sobre un baúl, poniendo al *Pituso* sobre sus rodillas.

Rafaela cuenta que en aquel momento se le ocurrió un plan infalible para defenderse del monstruo, si por acaso las atacaba. Desde el punto en que le viera hacer un ademán hostil, ella se le colgaría de las barbas. Si en el mismo instante y muy de sopetón su señorita tenía la destreza suficiente para coger un asador que

muy cerca de su mano estaba y metérselo por los ojos, la cosa era hecha.

No había allí más muebles que las dos sillas y el baúl. Ni cómoda, ni cama, ni nada. En la oscura alcoba debía de haber algún camastro. De la pared colgaba una grande y hermosa lámina, detrás de cuyo cristal se veían dos trenzas negras de pelo, hermosísimas, enroscadas al modo de culebras, y entre ellas una cinta de seda con este letrero: *¡Hija mía!*

—¿De quién es ese pelo?—preguntó Jacinta vivamente, y la curiosidad le alivió por un instante el miedo.

—De la hija de mi mujer—replicó *Platón* con gravedad, echando una mirada de desdén al cuadro de las trenzas.

—Yo creí que eran de...—balbució la dama sin atreverse á acabar la frase.—Y la joven á quien pertenecía ese pelo, ¿dónde está?

—En el cementerio—gruñó Izquierdo con acento más propio de bestia que de hombre.

Jacinta examinó al *Pituso* chico y... cosa rara, volvió á advertir parecido con el gran *Pituso*. Le miró más, y mientras más le miraba más semejanza. ¡Santo Dios! Llamóle, y el señor Izquierdo dijo al niño con cierta aspereza atenuada que en él podía pasar por dulzura: «Anda, piojín, y da un beso á esta señora.» El nene, en pie, se resistía á dar un paso hacia adelante. Estaba como asustado y clavaba en la señora las

estrellas de sus ojos. Jacinta había visto ojos lindos, pero como aquellos no los había visto nunca. Eran como los del Niño Dios pintado por Murillo. «Ven, ven», le dijo llamándole con ese movimiento de las dos manos que había aprendido de las madres. Y él tan serio, con las mejillas encendidas por la vergüenza infantil, que tan fácilmente se resuelve en descaro.

—A cuenta que no es corto de genio; pero se espanta de las presonas finas—dijo Izquierdo empujándole hasta que Jacinta pudo cogerle.

—Si es todo un caballero formal—declaró la señorita, dándole un beso en su cara sucia que aún olía á la endiablada pintura.—¿Cómo estás hoy tan serio y ayer te reías tanto y me enseñabas tu lengüecita?

Estas palabras rompieron el sello á la seriedad de Juanín, porque lo mismo fué oirlas que desplegar su boca en una sonrisa angelical. Rióse también Jacinta; pero su corazón sintió como un repentino golpe, y se le nublaron los ojos. Con la risa del gracioso chiquillo resurgía de un modo extraordinario el parecido que la dama creía encontrar en él. Figuróse que la raza de Santa Cruz le salía á la cara, como poco antes le había salido el carmin del rubor infantil. «Es, es...» pensó con profunda convicción, comiéndose á miradas la cara del rapazuelo. Veía en ella las facciones que amaba; pero allí había además otras desconocidas. Entróle entonces

una de aquellas rabietinas que de tarde en tarde turbaban la placidez de su alma, y sus ojos, iluminados por aquel rencorcillo, querían interpretar en el rostro inocente del niño las aborrecidas y culpables bellezas de la madre. Habló, y su metal de voz había cambiado completamente. Sonaba de un modo semejante á los bajos de la guitarra: «Señor Izquierdo, ¿tiene usted ahí por casualidad el retrato de su sobrina?»

Si Izquierdo hubiera respondido que sí, ¡cómo se habría lanzado Jacinta sobre él! Pero no había tal retrato, y más valía así. Durante un rato estuvo la dama silenciosa, sintiendo que se le hacía en la garganta el nudo aquel, sintoma infalible de las grandes penas. En tanto, el *Pituso* adelantaba rápidamente en el camino de la confianza. Empezó por tocar con los dedos tímidamente una pulsera de monedas antiguas que Jacinta llevaba, y viendo que no le reñían por este desacato, sino que la señora aquella tan guapa le apretaba contra sí, se decidió á examinar el imperdible, los flecos del mantón y principalmente el manguito, aquella cosa de pelos suaves con un agujero, donde se metía la mano y estaba tan calentito.

Jacinta le sentó sobre sus rodillas y trató de ahogar su desconsuelo, estimulando en su alma la piedad y el cariño que el desvalido niño le inspiraba. Un examen rápido sobre el vestido